



De regreso

Si las elecciones fueran hoy, nos dice María de las Heras en *MILENIO* de ayer, 40% de los votantes escogerían al PRI, 34% al PAN, 19% al PRD.

Esto daría al PRI, según la misma María, 241 diputados, diez menos que la mayoría absoluta en la Cámara baja del Congreso federal.

Sería una desgracia nacional y una derrota del PRI que el éxito político en puerta, de lograrse, les susurrara al oído a los triunfadores que nada hay que cambiar en sus ideas ni en sus propósitos históricos.

Sería triste que la victoria anunciada les hiciera pensar que los votantes los premian por su pasado más que por lo que puedan ofrecer de porvenir.

La pregunta vuelve a ser pertinente: ¿para qué quieren los priistas volver al poder? ¿Qué país ven adelante y cuál quieren construir?

No lo sabemos, ni ellos parecen ocupados en decirlo. Quieren primero reocupar la casa que perdieron y después decidir lo que harán con ella. Sus ingenieros electorales trabajan más que sus diseñadores de proyecto de país.

No hay grandes cambios en el discurso priista, ni indicios públicos de una reflexión articulada sobre los retos del futuro. Hay, sí, un cambio profundo en la estructura misma del poder del partido.

La democracia ha descentralizado al PRI. Al quitarle la Presidencia le quitó el dueño, pero dejó intactos muchos de los poderes antes piramidados por la disciplina presidencialista.

A partir de la pérdida de la Presidencia, el PRI dejó de ser un edificio con dueño único y empezó a ser un condominio.

La diversidad de los condóminos del PRI es ostensible, lo mismo que su autonomía.

Hay una libertad de maniobra y de acción desconocida en el pasado para gobernadores, sindicatos, legisladores.

En cierto modo el PRI ha vuelto a ser una asamblea de notables con poderes propios, como lo fue la asamblea de jefes militares, generales y políticos que constituyeron en marzo de 1929 el Partido Nacional Revolucionario, el mitológico PNR, abuelo del PRI.

Toda proporción guardada —entonces para controlar rebeliones, ahora para ganar elecciones— el PRI ha regresado al inicio: debe conciliar su diversidad en un nuevo trato.

No hemos oído mucho de lo que sería ese nuevo trato ni de si responde a los problemas del México de este siglo. Pero como dice el clásico: primero el poder, luego veremos para qué. ■ M

acamin@milenio.com

